

LA SORPRESA LIBIA

osvaldo ortega

La guerra del Medio Oriente ha conllevado una marcada polarización de fuerzas en el área.

Al alentar los imperialistas norteamericanos, ingleses, franceses y germanoccidentales la agresión israelí de junio del 67, y apoyar más tarde la ocupación de los territorios árabes con ulteriores suministros bélicos, apologías políticas, diplomáticas y periodísticas, definieron a los ojos del matizado mundo árabe su alineamiento militante tras Israel. Esta preferencia excluyente, por su parte, condiciona una reacción de rechazo progresivo de la opinión pública árabe —y parte de sus élites políticas y militares— contra estos aliados de ultramar del agresor.

El sentimiento antimperialista en el Medio Oriente, por estas razones, ha rebazado anteriores marcas en estos

dos años y medio escasos del fin de la guerra.

Grupos intelectuales, jóvenes estudiantes y oficiales, permeados de las corrientes revolucionarias que recorren el Tercer Mundo y aleccionados por las traidoras maquinaciones imperialistas que condujeron al 5 de junio, se han desviado ideológicamente de los patrones clásicos occidentales y decidido a buscar vías nacionales propias para dar solución a los problemas sociales de sus respectivos pueblos, aún cuando estas soluciones los puedan colocar en contradicciones de intensidad variable con intereses norteamericanos, ingleses, franceses o germanoccidentales. Los más recientes ejemplos del avance de estas corrientes de nacionalismo antiimperialista de visos más genuinos que los aflorados en la década del 50 —al margen de la lucha

de liberación palestina por una digna repatriación— lo son el triunfo revolucionario en Yemen del Sur, en noviembre de 1967; el golpe de Estado en Sudán el 25 de mayo de 1969, y el derrocamiento de la monarquía libia el 1 de septiembre de 1969.

No es accidental, por demás, que estos movimientos de marcado progresivismo se produzcan a raíz de la guerra de junio, encargada, como ya hemos señalado, de acentuar el deslindamiento de fuerzas en la región.

En Libia, en la medida que el régimen militar, liderado por el Consejo de la Revolución, acomete una política nacional, panarabista (apoyo a las organizaciones de resistencia palestina a las que desconoció la depuesta monarquía), la preocupación por Occidente por el destino de inversiones petroleras y enclaves militares, se siente en el nervioso oscilar de los diapasones políticos y en el aumento de los recibos de llamadas telefónicas de las filiales petroleras en Libia a sus matrices en Europa y Estados Unidos, pidiendo instrucciones de cómo enfrentar los cambios sin producir excesivas fricciones.

Libia —y esta es la razón petrolera de las llamadas— devendrá en 1971, el tercer productor mundial de petróleo, sólo a la zaga de los Estados Unidos y la URSS.

En 1968 produjo 125 millones de toneladas y este año se espera se eleve a 150. Cuarenta consorcios internacionales controlan este colosal torren-

te energético que asegura el ritmo 151
cardíaco de la industria europea, entre otras razones, por su proximidad geográfica, que rebasa ya su destacada importancia tras el cierre del Canal que aleja considerablemente al Viejo Mundo de las fuentes petroleras de la Península Arábiga.

Entre estos consorcios se encuentran la Esso, la Caltex, la Mobil, la BP y la Shell.

Pero el desasosiego de Occidente por lo que pueda ocurrir en Libia no es sólo económico sino de carácter estratégico-militar.

Estados Unidos e Inglaterra tienen allí sus más importantes enclaves en el Norte de Africa, no sólo dirigidos contra el Maghreb y el interior del continente, sino contra el Mediterráneo en caso de enfrentamiento entre bloques. En su desplazamiento táctico estas bases se vinculan al norte con las de la OTAN.

Wheelus Field —por ejemplo— es un complejo aero-naval construido a un costo superior a los cien millones de dólares que se levanta en Trípoli, la capital administrativa del país.

En Wheelus se encuentran destacados unos cuatro mil soldados norteamericanos —algunas fuentes afirman que siete mil—, parte con carácter permanente y otros en entrenamiento. También reciben cursos especiales pilotos de la OTAN, y de otros países «aliados», como Israel. Wheelus, finalmente, es un centro vital de abastecimiento y protección de la Sexta Flota.

152 Británicos y norteamericanos cuentan con otras bases en el país, entre ellas, Tobruk, Darna, Benghazi y Adem.

Los convenios de vencimiento del usufructo de estas bases estaban programados en el 70 para las norteamericanas y en el 71 las inglesas, pero con Idris en el poder, no había por qué alimentar reservas sobre una posible suspensión de la prórroga de los convenios vencidos.

En cuanto a los «royalties» que devengaba la monarquía por las concesiones a los consorcios extranjeros de la riqueza petrolera no había inquietud de que demandara una mayor participación en los próximos años. Su dependencia condicionaba sus movimientos. Pero después del golpe de Estado la escenografía parece estarse alterando. Una de las figuras claves del Consejo de la Revolución declaró recientemente que el precio de 2.21 dólares que recibe el gobierno libio por barril de petróleo no es suficiente, y que se están llevando a cabo estudios en busca de precios más justos.

El primer ministro Mahmoud Souleiman Al Maghrebi, también se encargó de advertirles a estas compañías: «Ejerceremos un control estrecho sobre sus actividades».

Y adelantó que los próximos acuerdos «serán suscritos en base a los intereses del pueblo», lo que no es un medio muy evasivo de sugerirles que accedan a otorgarle al gobierno libio una participación mayor ora en la explotación petrolera ora en su

fase de comercialización, lo que es más probable en la actualidad.

Algunas fuentes aseguran que la intención del Consejo de exigir un mayor precio por el petróleo crudo es devengar ingresos más elevados que le permitan financiar su consolidación política.

La «sorpresa libia», de esta suerte, tiene desconcertado a más de un asesor de «la línea a seguir» para mantener dentro de determinados parámetros de seguridad este movimiento sin que trasgreda las «luces del peligro».

Sin embargo, a pesar de la cautela, el Primer Ministro afirmó al diario francés «Observer»: «El pueblo libio rechaza la presencia de bases militares extranjeras en su territorio y nosotros atenderemos los deseos del pueblo».

Estas declaraciones provocaron el «pestañeo de las luces», que llegaron a colores de alta frecuencia cuando agregó: «Una vez vencidos los plazos no habrá prórroga».

No transcurriría mucho sin que el gobierno procediera al arresto de los primeros complotados en una conspiración para deponer al Consejo de la Revolución, en contubernio con el gobierno norteamericano que movió sus hilos a través de la base de Wheelus.

Un grupo de elementos monárquicos fueron sorprendidos por fuerzas de seguridad libias cuando extraían armas de fabricación norteamericana de la base norteamericana. Entre los

complicados se encontraba un súbdito israelita que logró escapar con ayuda de los elementos complotados dentro de la base.

Ante estos evidentes fermentos subversivos, el gobierno libio optó por la aplicación de medidas de vigilancia rigurosas. Fue nombrada una comisión militar encargada del control de las salidas y entradas de vehículos y personal del enclave militar, y numerosas patrullas instaladas en sus perímetros.

El surgimiento de condiciones que hacen prever a las potencias occidentales la posibilidad de perder el neoprotectorado libio, las compulsa a sus primeras andanzas conspirativas, que encuentran y continuarán encontrando magnífico caldo de cultivo en la quintacolumna de técnicos y especialistas europeos inmigrantes incrustados en el país por la sola apetencia de altos salarios sin sentirse vinculados al standard de vida de la población nativa, ni mucho menos a los destinos de la tierra en que se encuentran con la misión de llevarse una buena parte de sus riquezas.

Se estima que el número de éstos entre italianos y anglosajones, sobrepasa los 60.000. Los primeros se estiman entre 30 y 40.000.

Los ensayos para captarlos y utilizarlos contra la República naciente se han hecho y proseguirán.

A sólo dos semanas de instalarse el Consejo, se produjo un conato de estampida de estos mismos técnicos y especialistas con la intención de en-

torpecer el ritmo de la actividad económica, administrativa y de producción, en una abierta provocación de terceras potencias que apuntaba a chanteajear al gobierno con el caos en que podría sumir al país un éxodo en masa de esta especie.

El gobierno, lejos de arredrarse y retroceder, promulgó un decreto prohibiendo a los técnicos extranjeros abandonar el país hasta tanto no hayan cumplido sus contratos de trabajo. Aunque esta medida tampoco garantiza la resistencia interior, so-lapada, que desde privilegiadas y estratégicas posiciones pueda hacerse contra la economía nacional.

Simultáneamente —y en previsión de lo anterior— hizo público que entre su programa de reivindicaciones estaba darle prioridad a los obreros y técnicos libios sobre los extranjeros. Esta medida puede interpretarse como el primer paso con miras a crear un núcleo nativo popular a su alrededor que sintiendo suyas estas reformas, esté dispuesto a su defensa por todos los medios, no excluido el de las armas, en caso que peligran.

El Consejo ha comprendido que la única forma de neutralizar al país de los «cerebros de fuera», es ir a la formación de cuadros propios, calificados y patrióticos, capaces de enfrentarse a la infiltración y socavamiento foráneos en los estratos de la vida social del país. Sin embargo, no deja de ser cierto que de inmediato es imposible reemplazar a todos estos técnicos extranjeros. Todavía se care-

154 ce de los elementos nacionales idóneos, pero en caso de que éstos se aumentaran en masa a pesar de las disposiciones gubernamentales o se entregaran al sabotaje o la provocación, con el objetivo de condicionar el colapso económico del país, las naciones árabes progresistas aledañas podrían ser de gran ayuda, expresando su solidaridad mediante el envío de misiones técnicas y especialistas que contribuyan a que el ritmo de vida de la nación no pueda ser detenido con estas maniobras. La colaboración de los países socialistas en caso de una tal contingencia tampoco está excluida.

Historia de Libia.

Durante siglos fue un país conquistado por fenicios, cartagineses, vándalos, bizantinos, griegos y romanos, que se fueron sucediendo con los flujos y reflujos del surgimiento y ocaso de sus imperios.

En el siglo octavo Libia fue conquistada por los árabes. De 1911 hasta la Segunda Guerra Mundial, ocupada las fuerzas aliadas. Las regiones de Tripolitania y Cyrenaica quedaron bajo la administración británica y Fezzan, bajo la francesa. Este lapso se prolongó de 1943 a 1951.

Su población.

En un alto porcentaje mezcla étnica de árabes y bereberes. Su característica más acusada es el nomadismo y un primitivismo cultural que la impugna hasta el presente para desa-

rrrollar faenas sedentarias y de especialización como demanda la explotación y comercialización del petróleo.

El mantenimiento de la población en este estado de ignorancia fue parte de una política deliberada de la derrocada Monarquía y sus asesores extranjeros, que han experimentado en pellejo propio que la cultura es un agente de agitación social.

El rey Idris también se opuso terminantemente durante su reinado a la inmigración árabe procedente de países vecinos. De esta suerte trataba de impedir que inmigrantes árabes más cultos o politizados al llegar al país se asimilaran fácilmente al medio por su identidad lingüística y religiosa, e influyeran en la población nativa con una concepción más avanzada de los problemas sociales y la forma de enfrentarlos, deviniendo centro de inestabilidad interna, como ha ocurrido en Kuwait, donde hay más de cien mil inmigrantes árabes en torno a los que se nuclea la población autóctona, hasta ha poco hordas de pueblos pastores cortados del mundo exterior.

Posibles focos subversivos.

El neocolonialismo tratará de sumar a sus actividades de zapa contra el gobierno libio, las diferencias tribales, atizándolas. El alimentar las llamas del localismo contra el principio de nacionalidad, es uno de los clásicos recursos de los que se sirve la Inteligencia occidental para sumir en

la anarquía las naciones emergentes del mundo colonial.

Estas diferencias se manifestaban en el status federativo que tuvo hasta 1963.

Hasta esa fecha el país estuvo en tres provincias: Tripolitania en el noroeste; Fezzan, en el sudoeste, y la Cirenaica, en el este, lindante con Egipto, que la ambicionó durante los años mozos de sus sueños de gloria.

En la Cirenaica —al este— la región más atrasada, están localizados los principales yacimientos de petróleo, y es precisamente el lugar de procedencia del rey Idris, donde ejerce sobre los jefes tribales una más compulsiva influencia en su condición de jerarca temporal y jefe religioso máximo de la secta islámica de los Senoussis, fundada por su padre.

La Tripolitania —siento administrativo del gobierno— además del centro comercial y urbano del país, apenas tiene importancia económica como emporio petrolero.

Esta distribución desigual de la riqueza del subsuelo, podría ser explotada por la monarquía en el exilio —dócil instrumento occidental— para en caso de una progresiva radicalización de las medidas nacionalistas o simplemente de su política exterior (el Consejo ya demandó en la ONU, la

admisión de la República Popular China), incitar mediante agentes a la sublevación de tribus nómadas cirenaicas y provocar la partición del país. El expediente de Nigeria, a pesar de su peculiaridad, es ilustrativo.

Pero si estas opciones de maniobra se presentan al imperialismo, las del gobierno libio para contrarrestarlas son más prometedoras.

Con el golpe de Estado republicano, Libia surge como el cuarto eslabón que engarza territorialmente a tres de los Estados árabes más progresistas de Africa: Argelia, Egipto, Sudán.

Estas naciones árabes o arabizadas no se mantendrán seguramente al margen en caso de subversión interna en Libia promovida por potencias occidentales o la intervención directa, no excluida dentro de los usos imperialistas cuando fracasan otras presiones, más cuando se trata del destino de 150 millones de toneladas de petróleo, cinco mil de inversiones, cuatro bases militares vitales en la región, y lo que una posible pérdida de conjunto significaría para preservar una hegemonía económico-militar de Estados Unidos y Gran Bretaña en la cuenca del Mediterráneo, y más después del cierre del Canal de Suez, a raíz de la guerra de junio.



ESTERISCO

ESTERISCO

ESTERISCO